



AGRAVIOS Y DESAGRAVIOS DE LA REYNA SULTANA.

RELACION QUE DA CUENTA, COMO SIENDO FALSAMENTE acusada, y sentenciada á muerte por un falso testimonio que le levantaron quatro Caballeros Moros, quatro Caballeros Cristianos la defendieron, y libraron de la muerte; y como al fin se hizo Cristiana.

Anten gloriosos elogios  
 con acordes consonancias  
 el triunfo mas memorable,  
 que ha habido entre espada y lanza,  
 y de un cauteloso agravio  
 la mas heroyca venganza.  
 Atencion, noble auditorio.  
 En el tiempo que en Granada  
 tremolaban los Alárabes  
 banderas mahometanas,  
 entre las nobles familias,  
 eran quien mas la ilustraban  
 los Alabeces, Gazules,  
 Zegríes, Gomeles, Mazas,  
 Ayarques y Rednanes,  
 y aquella tan sublimada  
 familia de Abencerrages,  
 que tenia afianzada  
 de Andalá Rey la corona,  
 por su mucha confianza.  
 Al verles favorecidos  
 tanto del Rey, se abrasaban  
 en envidia los Zegríes,  
 y con cauteloso infamia  
 intentaron derribarles  
 del favor del Rey y gracia,  
 diciendo que Albin Hamete  
 Abencerrage trataba



torpemente con la Reyna,  
 é injustamente intentaban  
 levantarse con el reyno,  
 dando al Rey muerte tirana.  
 Así al Rey lo propusieron,  
 que amortecido quedaba.  
 Que eran testigos de vista  
 decian, y por ser clara  
 verdad, lo defenderian  
 públicamente en campaña.  
 Quando el Rey en sí hubo vuelto,  
 dixo, ardiendo en viva rabia:  
 todos los Abencerrages  
 hoy han de morir; y manda  
 que los llamen uno á uno,  
 y con este ardid y traza  
 degolló hasta treinta y seis:  
 y con todos acabara,  
 á no revelarlo un page.  
 Alborotóse Granada,  
 dividida toda en bandos,  
 y á gran desdicha llegára,  
 si el muy valeroso Muza  
 todo no lo sosegara.  
 Mandó el Rey llamar los Grandes,  
 y juntos en la real sala,  
 salió el Rey todo enlutado,  
 y les propuso la causa:



que eran los Abencerrages  
traydores, pues intentaban  
quitarle el reyno y la vida;  
y que la Reyna trataba  
con Albia Hamete amores,  
habiendo dentro en la sala  
quatro testigos de vista,  
que unánimes declaraban.  
Levantóse allí, diciendo  
un Almoradí en voz alta;  
es la Reyna muy honesta,  
y en ella no cabe mancha;  
y esos caballeros mienten,  
y lo mantendré en campaña,  
Dixo aquí el discreto Muza:  
lo que importa es el llamarla  
aquí á presencia de todos,  
y la acusacion se haga.  
Vino con pompa y grandeza,  
con sus doncellas y damas.  
Dixo Muza: Reyna hermosa,  
sabrás, como aquí en la sala  
hay Caballeros que ponen  
doto en tu honor y tu fama,  
y que con Albia Hamete  
la ley conyugal quebrantas.  
Este juicio se remite  
al tribunal de las armas:  
quatro son los que te acusan,  
otros quatro por tí salgan  
á defender lo contrario,  
y si vence tu arrogancia,  
tu honor queda acrisolado;  
mas si queda la campaña  
por los quatro que te acusan,  
se amaneillará tu fama,  
y por alcoranas leyes  
tienes de morir quemada;  
treinta dias hay de plazo.  
Ella sin turbarse en nada,  
mirando á un lado y á otro,  
como que se hallaba salva,  
viendo que los circustantes  
muy mesurados estaban,  
tuvo por cierta evidencia  
lo que discurrió ser chanza.  
Y dixo muy animosa,  
con gallardía bizarra:

qualquier Caballero Moro,  
que en mi honor ha puesto tacha,  
miente traidor y villano;  
y aquí ahora sin tardanza  
pónganme la acusacion  
tan sin fundamento y falsa,  
que yo confio en Alá,  
que me ha de sacar en palmas.  
Y guardando ceremonias,  
los traidores se levantan,  
y ponen su acusacion  
con todas las circunstancias.  
La triste Reyna affigida  
se despoja de sus galas,  
y en la torre de Comares  
mandó el Rey asegurarla,  
con la órden muy expresa,  
que no fuera visitada  
de nadie, sino de Muza  
por ser de su confianza.  
De sus damas se despide,  
llevándose en su compañía  
tan solo la mas querida,  
que era la hermosa Esperanza.  
En tan amargo conflicto  
tal vez ya desesperada  
queria abrirse las venas,  
porque no se les lograra  
el ver su muerte afrentosa.  
Y animándola Esperanza,  
le dixo: sabrás, señora,  
que yo conozco en mi patria  
un famoso Caballero,  
que Don Juan Chacon se llama,  
y sé que si de él te vales,  
libre ha de quedar tu fama.  
La Reyna tomó el consejo,  
y al punto escribió una carta,  
diciendo: señor Don Juan,  
á quien realza la fama  
gran Señor de Cartagena,  
por estar bien informada,  
que agenas honras defiendes,  
y que al desvalido amparas,  
esto, señor, me ha obligado  
á escribirte mi desgracia.  
Yo Reyna Soltana triste  
necesito que me valgas:

por un testimonio falso  
soy de adúltera acusada;  
y por Alá te aseguro,  
que sin causa estoy culpada.  
Y si no doy Caballeros,  
que me defiendan sus armas,  
la sentencia de mi muerte  
se ha de ver executada.  
Quatro son los que me acusan,  
y otros quatro la ley manda  
sean los que me defiendan.  
Si por ser infiel reparas,  
yo creo en Dios uno y trino,  
y en su Madre soberana,  
y el santo bautismo pide  
con mil deseos el alma.  
La carta leyó Don Juan,  
y notando que Cristiana  
queria hacerse la Reyna,  
se determinó librarla.  
Y escribiendo la respuesta,  
la cifró en estas palabras:  
el postrer dia del plazo  
estaremos en Granada  
yo y otros tres Caballeros,  
y en esto no ha de haber falta.  
No digo mas. Talavera.  
Buscó Don Juan sin tardanza  
á tres nobles Caballeros  
de mucho valor y fama,  
Don Mannel Ponce Leon  
fue el primero que buscaba,  
Don Alonso de Aguilar  
por segundo le nombraba,  
y por tercero al Alcayde  
de los Donceles señala.  
Así que juntos los tuvo  
les manifestó la carta,  
y ofreciéndose gustosos,  
fingieron que iban á caza.  
Todos la arábica lengua  
con destreza la cortaban;  
armáronse fuertemente,  
y sobre las finas armas  
llevaban trage turquesco,  
porque á su intento ayndaba.  
Dispuestos para el camino,  
aceleraron la marcha,

y llegando á darle vista  
á la vega de Granada,  
se metieron en el soto,  
en donde la noche pasan.  
Y á proseguir su camino  
saliendo por la mañana,  
vieron que venia un Moro:  
aguardaron que llegara,  
y hablándole en su language,  
alegres le saludaban;  
no menos bizarro el Moro  
correspondió á sus palabras.  
Luego al punto les pregunta,  
quiéan eran, ó qué buscaban?  
Somos Genízaros Turcos,  
dixeron, y desde Adra  
hemos venido á estas vegas,  
que nos han dicho que andan  
ciertos Cristianos por ellas,  
que hacen dañosas entradas,  
y deseamos hallarlos,  
para herirlos en batalla.  
Dixo el Moro: en cada uno  
vereis un Marte en campaña;  
vamos andando, que yo  
os contaré sus hazañas:  
y les refirió de paso  
quanto sucede en Granada.  
Llegada la triste hora,  
baxan la Reyna enlutada,  
y todos los Caballeros  
iban con sus negras bandas.  
Aquí fueron los lamentos  
por valcones y ventanas,  
los llantos y gritería  
que toda la gente armaba,  
de ver su afligida Reyna  
llorando todas las damas.  
Y luego al instante mismo  
que llegó á la Vivarrambla,  
la subieron al tablado,  
y en tal estrado sentada,  
quedó la Reyna llorosa,  
muy triste y desconsolada,  
hechos sus ojos dos fuentes,  
toda de penas cercada.  
Y en otra segunda parte  
proseguiré lo que falta.

## SEGUNDA PARTE.

**E**Ran las dos de la tarde  
 sin haber dispuesto nada;  
 levantóse un Caballero,  
 diciendo aquestas palabras:  
 Señora, qué determinas?  
 pues si el término se pata,  
 se pondrá en execucion  
 la sentencia promulgada.  
 Aquí hay muchos Caballeros  
 de grande valor y fama,  
 que te quieren defender,  
 solo tu licencia aguardan.  
 La Reyna dió por respuesta:  
 por estar apalabrada,  
 aguardaré otras dos horas;  
 y si veo me hacen falta,  
 admiraré la fozza  
 de aquellos que bien me hagan.  
 No se pasó media hora,  
 quando oyeron grande zambra:  
 fue que entraron quatro Turcos  
 con un Moro, en quien reparan,  
 y ser Gazul conocieron,  
 pero á los Turcos en nada.  
 Llegó Don Juan al tablado,  
 donde los Jueces estaban,  
 pidió para hablar licencia  
 con la Reyna dos palabras.  
 Los Jueces la concedieron,  
 fue donde la Reyna estaba,  
 y porque todos lo oyesen,  
 comenzó á hablar en voz alta:  
 sepa vuestra Real Alteza,  
 que las marítimas aguas  
 nos aportaron á tierra  
 en este lugar de Adra;  
 y viniendo á recorrer  
 estas vegas de Granada,  
 hoy tuvimos la fortuna  
 de saber vuestra desgracia;  
 si quereis darnos licencia,  
 tomaremos la demanda.  
 Y con disimulo ayroso  
 dexó caer una carta,  
 que la Reyna alzó al instant,  
 y dixo: yo confiada

estoy de que un Caballero  
 me tiene dada palabra  
 de venir con tres amigos  
 y son de nacion cristiana.  
 Respondió agudo Don Juan:  
 aunque de sangre cristiana,  
 somos Genizaros Turcos,  
 sin reconocer ventaja  
 al Caballero que dices.  
 Respondió la Reyna: basta;  
 desde luego doy licencia,  
 dueños sois de aquesta causa  
 en que por falsos traydores  
 mi inocencia está agraviada.  
 Cortés Don Juan se despide,  
 y todos quatro se entraban  
 con valor en la palæstra,  
 donde ya los aguardaban  
 los quatro mantenedores  
 dispuestos todos en ala.  
 Picó el primero el Alcayde,  
 y se fue con arrogancia  
 donde estaban los traydores,  
 y les dixo: por qué causa  
 pusisteis de vuestra Reyna  
 en tanto riesgo la fama?  
 Y le respondió el Zegrí:  
 porque en delicias profanas  
 los quatro á la Reyna vimos;  
 y sentidos de la infamia,  
 al Rey lo participamos,  
 manteniéndolo en campaña.  
 Dixo el fuerte Alcayde: mientes,  
 que es la Reyna honesta y casta;  
 y enojado á lo valiente,  
 con el cabo de la lanza  
 le dió tan tremendo golpe,  
 que si asegunda, lo mata.  
 Desmentido y ofendido,  
 el Zegrí enristró la lanza,  
 y envistió para el Cristiano,  
 y comenzó la batalla.  
 Al gallardo de Alí Hamete  
 le tocó por su desgracia  
 el valiente Don Manuel:  
 hizole á este tiempo cara  
 Don Alonso á Mahandon,  
 y Don Juan al que quedaba,

el valiente Mahandio,  
que enristrando las dos lanzas,  
partió el uno para el otro,  
pareciendo que chocaba  
un monte con otro monte,  
y sin remediarse en nada,  
ambos vinieron á tierra,  
y sacando las espadas,  
armaron tal herrería,  
que las armas destrozaban.  
A los primeros encuentros  
por una treta impensada  
el valeroso Don Juan  
sacó en un muslo una llaga.  
Quiso que volviese al cebo,  
y volviendo sin tardanza,  
Don Juan ya sobreavisado,  
señaló una herida falsa:  
el Moro acudió al reparo,  
cubriéndose con la adarga;  
pero rebatiendo el brazo  
Don Juan con fuerza y pujanza,  
todo un muslo le cortó  
hasta cerca de la caña.  
El Moro quedó burlado,  
y antes que se resobrara,  
alzó su brazo invencible,  
y le dió tal cuchillada,  
que le cercenó el pescuezo:  
le asegundó, y como echaba  
tanta sangre, fue bastante  
á trastornarle de espaldas,  
y rebolcado en su sangre,  
acabó en mortales ansias.  
Como Don Juan lo vió muerto,  
á Dios rindió muchas gracias,  
y montando en su caballo,  
allí hácia un lado se aparta.  
Mahandon á Don Alonso  
le dixo: dexa que vaya  
ahora á vengar de mi hermano  
la muerte, que esta batalla  
despues la concluiremos.  
Don Alonso dixo: calla,  
y tu defensa procura,  
que en el grado en que se halla  
tu hermano, te verás presto,  
pues ha de quedar vengada

hoy de los Abencerrages  
tanta sangre derramada.  
Ercolerizado el Moro,  
con furia arrojó la lanza,  
y al revolver Don Alonso,  
al caballo por la hijada  
se le entró el agudo hierro,  
quedándose atravesada.  
El bruto muy mal herido,  
dando saltos se quejaba,  
sin sujetarse á las riendas,  
y temiendo una desgracia,  
de él se arrojó Don Alonso,  
y confiado en la ventaja,  
el Moro le acometió.  
Don Alonso al ver llegaba  
á dar sobre él el caballo,  
daba un salto y se apartaba.  
Y al Moro le dixo ayrado:  
si en apearte te tardas,  
te he de matar el caballo,  
que esa es accion muy villana.  
Con esto el moro se apea,  
y sacando las espadas,  
allí empesaron de nuevo  
la sangrienta y cruel batalla.  
Tuvo ocasion Don Alonso,  
y como diestro, la espada  
se la entró por un vacío,  
y le dió una herida mala.  
El Moro airado y soberbio  
á Don Alonso descarga  
tan desaforado golpe,  
que el aguila que llevaba,  
le cortó, y en la cabeza  
una mala herida saca;  
y picado Don Alonso,  
antes que le asegundara,  
por entre la abrochadura,  
y la junta de las armas  
la aguda espada le entró,  
y le pató las entrañas.  
Cayó amortecido el Moro,  
y agonizando allí acaba,  
de lo qual dió Alonso  
á Dios muchas alabanzas:  
con el caballo del Moro  
fue á donde Don Juan estaba.

Don Manuel y Ali Hamete  
fuertemente peleaban  
á pie, pues ya los caballos  
rendidos del todo estaban,  
Don Manuel con cinco heridas,  
y el Moro con cinco malas.  
Anda al rededor el Moro,  
haciendo mil carabanas,  
tirando á diestro y siniestro  
rebases y cuchilladas.  
Don Manuel se estaba quieto,  
aguardando se acercara,  
y quando lo tuvo á trecho,  
alzando brazo y espada,  
tan recio golpe le dió,  
que cortó casco y adarga,  
y parte de la cabeza.  
Cayó el Moro ardiendo en rabia,  
y volviendo en pie á ponerse,  
le dió con la cimitarra  
á Don Manuel en el hombro,  
pero no le ofendió en nada;  
y alzando el invieto brazo,  
le dió tan gran cuchillada,  
que la cabeza le undió  
hasta cerca de la barba.  
Al instante cayó el Moro,  
y allí sin remedio acaba:  
alzó Don Manuel los ojos,  
y á Dios le rindió mil gracias,  
y montando en su caballo,  
fue á donde los dos estaban.  
El Alcayde y el Zagrí,  
blandiendo entrambos las lanzas,  
se encontraron los caballos,  
y los dos á tierra saltan,  
y con la espada en la mano  
empiezan nueva batalla.  
Viendo el Moro que el Alcayde  
no le cedia ventaja,  
muy confiado en sus fuerzas,  
porque eran agigantadas,  
se abrazó con el Cristiano,  
y un grande rato luchaban,  
quando el muy astuto Alcayde  
se acordó de que llevaba  
un puñal, y en el sobaco  
repitió dos puñaladas;

y el Moro muy mal herido  
furioso sacó una daga  
para herirle, y no podia,  
por ser la hoja muy ancha.  
Tercera vez el Alcayde  
le metió por una hijada  
el puñal, y cayó el Moro:  
y allí antes que acabara,  
puesta la rodilla al pecho,  
le obligó que confesara  
la traicion, y que los Jueces  
viesen lo que declaraba.  
De parte pues de la Reyna  
mil instrumentos sonaban  
en señal de la victoria.  
Muza se fue en su compañía  
por el Zacatin arriba,  
é iban haciendole salva  
los muy sonoros clarines,  
hasta llegar á la Alhambra.  
Allí fueron bien enradados,  
la Reyna los visitaba,  
rindiéndoles mil aplausos,  
y la siguiente mañana  
marcharon, por ser preciso,  
y alegre toda Granada  
con rendidas expresiones  
el valor victoreaba  
de los Turcos mas bizarros  
en la accion mas arriesgada.  
Y en otra tercera parte  
se dirá lo que aquí falta.

### TERCERA PARTE.

**H**abiéndose despedido  
de la discreta Sultana  
aquellos quatro Cristianos,  
que en la otra segunda plana  
dixen que la defendieron,  
dexando limpia su fama,  
dando muerte á los alevés,  
que traydores la infamaban,  
y haciendo que por su boca  
esta verdad declararan:  
quedó esta noble señora  
muy triste y desconsolada,  
sintiendo mucho su ausencia;  
y al verse tan obligada,

agradecida quisiera  
el partirse en su compañía,  
para recibir gozosa  
con el bautismo la gracia.  
Tres años con desconsuelo  
vivió, por verse privada  
de este favor, hasta tanto  
que el cielo habió puerta franca  
á sus vivas diligencias,  
porque el deseo lograra.  
El Campeón invencible  
y Católico Monarca  
Don Fernando, que ahora mora  
entre angélicas esquadras  
en toda la Andalucía  
dexó sus lunas menguadas,  
y viéndose dueño de ella,  
para que mas se exáltara  
la fe en todo el continente  
de nuestra invencible España,  
al compás de los clarines,  
de los pífanos y cajas,  
guió el campo, siendo el mismo  
adalid que lo animaba,  
con su dichosa consorte,  
bella emulacion de Palas.  
Conquistando valeroso  
todo el reyno de Granada,  
todos los pueblos miraron  
su soberbia avasallada,  
menos la ciudad: por tanto  
el fiero Leon de España  
mandó que inmediato á ella  
de la noche á la mañana  
otra poblacion formasen  
en los ojos de Gínezarea,  
cuya fábrica idearon  
con disposicion gallarda  
quatro grandes de Castilla,  
con quatro muy dilatadas  
anchas y espaciosas calles,  
puestas en cruz: y allá al alba,  
quando el Católico Rey  
llegó á verla, se admiraba,  
porque siendo de madera  
y de lienzo, denotaba  
ser un fuerte inexpugnable,  
no solo por sus murallas,

almenas y torreones,  
sino por verla adornada  
de un baluarte muy grande,  
que horror á Marte causaba.  
Le dió timbre de ciudad,  
y quiso que se llamara  
Santa Fé, dándole muchos  
privilegios que aun se guardan.  
Quando los Moros la vieron  
tan brevemente fundada,  
concibieron mucho miedo,  
aerecentando sus ansias  
sus muros, sus torreones,  
sus almenas y atalayas.  
Aquí sentó los reales  
su Alteza, donde formaban  
las lanzas y los mosquetes  
una maleza intrincada.  
Aquí Moros y Cristianos  
continuamente lidiaban,  
en cuyas escaramuzas  
siempre lo mejor llevaban  
los Cristianos, siendo azote  
de la soberbia pagana.  
Aquí fue donde aquel Moro  
con denuedo y arrogancia  
llegando junto á las tiendas,  
á todos desafiaba,  
y para mas irritarles,  
con grande escarnio arrastraba  
en la cola del caballo  
de la Virgen sacrosanta  
el Ave María escrita:  
cuyo orgullo; cuya infamia,  
sin obtener la licencia  
del Rey, llegó á castigarla  
Garcilaso, aunque muy jóven;  
pues dándole con la lanza  
por debaxo del sobaco,  
en tierra lo derribaba,  
y apeando del caballo,  
con los filos de su espada  
cortándole la cabeza,  
del arzon quedó colgada:  
y quitando del caballo  
del Ave pura la tarja,  
la besó y formó estandarte  
en la punta de la lanza,

y con entrambos caballos  
para el real caminaba,  
donde el Rey mandó prenderle,  
y la Reyna lo indultaba;  
pues si salió sin licencia,  
adquirió lanros y fama,  
dándole conformes todos  
elogios por tal hazaña.  
Al cabo de treinta dias  
que su Alteza se acampaba  
en Santa Fe con sus tropas,  
se determinó entregarla  
el Rey Moro, y para ello  
á su hermano Muza manda,  
que acompañado de muchos  
de las mas nobles prosapias,  
vaya por Embajador,  
y que diga en su demanda,  
que el Rey Audalí su hermano  
le hará entrega de Granada,  
con todas sus fortalezas;  
pero que le suplicaba,  
que usase de la clemencia  
que con los demás usaba,  
sin perjudicar los bienes  
del que quedase en España,  
como ni impedir el paso  
al que al Africa se parta.  
Todo lo qual otorgado  
por el piadoso Monarca,  
en compañía de su esposa,  
y mucha gente esforzada,  
fue á tomar la posesion  
de ciudad tan doseada.  
Y janto al Genil salió  
el Rey Chico, y le entregaba  
las llaves de la ciudad,  
y subiéndose á la Alhambra,  
en la torre de Comares  
levantó la señal santa  
de la Cruz, y de allí á poco,  
de Fernando y de su amada  
esposa el regio estandarte.  
Y luego los Reyes de armas  
dixeron en altas voces,  
que todos las escucharan:  
el Rey Don Fernando viva,  
y que reyne edades largas

F

con Doña Isabel su esposa:  
por ambos desde hoy Granada.  
La real Capilla entonó  
el *Te Deum*, y fue tanta  
la alegría; que de gozo  
todo Cristiano lloraba.  
Tañian mil instrumentos  
por las calles y las plazas,  
y quando vino la noche,  
fuegos hubo y luminarias,  
jugando galanamente  
las alcancias y cañas.  
Y luego el dia siguiente  
todos los Grandes de gala  
visitaron á los Reyes,  
y al bezar sus manos blancas,  
de Granada y de su reyno  
lo juraron por Monarca.  
Fue tambien á visitarles  
muy gozosa la Sultana,  
y siendo bien recibida,  
reveló lo que archivaba  
ya tres años en su pecho,  
que queria ser Cristiana.  
Y los Reyes muy alegres  
ofrecieron ampararla,  
sirviéndole de padrinos,  
y el nuevo Arzobispo el agua  
le echó del santo bautismo,  
y quisieron se llamara,  
si Sultana, siendo Mora,  
Doña Isabel de Granada.  
Y casandola despues  
con un jóven, que gozaba  
esclarecidos blazones,  
su Alteza con mano franca  
le dió en dote dos ciudades;  
y ella á su esclava Esperanza  
de Hita le dió libertad,  
y se fue á Mula su patria.  
El Rey Chico se parió  
para el Africa, en compañía  
de los Gomeles muy triste,  
pues real cetro no empuñabá;  
y en Africa alevos manos  
le dieron la muerte infausta.  
Y con esto el auditorio  
disimulará las faltas.

I

N.